

EL CAOS DE OCCIDENTE

Por GONZALO RESTREPO JARAMILLO

(De la obra "Peligro en Occidente" y por un acto muy gentil del autor nos honramos en reproducir los capítulos finales, que revelan bien la densidad, actualidad y diafanidad del libro).

LAS VERDADERAS SOLUCIONES

Sería error gravísimo creer que la suerte de la civilización occidental depende sólo de las armas. Equivaldría a aceptar la misma filosofía materialista que deseamos combatir.

Dentro del orden establecido en el mundo por los designios inescrutables de Dios, la guerra —castigo del pecado— ocupa su propio lugar y la Providencia saca bienes de sus mismos estragos. La repercusión inmensa de los hechos militares sobre los destinos de la humanidad, tuerce muchas veces el criterio y las gentes se inclinan a atribuir a las batallas consecuencias para las cuales sirvieron sólo de causa ocasional y no eficiente, y en ocasiones apenas de condición necesaria para que pudieran realizarse fenómenos originados en fuentes muy distintas. La victoria no creó jamás la cultura, sino que abrió el paso a la ya creada o destruyó la que existía. Los triunfos de Alejandro le permitieron helenizar el Asia Menor, porque detrás de la falange marchaba la civilización secular de Grecia. Las legiones abrieron el camino a la cultura latina, pero las legiones mismas fueron efecto de esa cultura, manifestación en el terreno militar del genio organizador de Roma. Cuando los bárbaros barrieron el Imperio nada crearon con su victoria porque nada tenían que ofrecer a Europa, aparte de su vigor como pueblos primitivos e intactos. Por eso fue la civilización latina la que surgiendo de las ruinas moldeó el alma de los bárbaros y empezó a construir, sobre el caos de las invasiones, la arquitectura de nuevas sociedades.

En el mundo contemporáneo, la victoria militar puede atajar la penetración violenta del comunismo pero no resolver su problema. En el caso de agresión por parte de Rusia o de nuevas tentativas de

infiltración militar en países aún no sujetos a su yugo —como sucedió en Corea— el comunismo debe ser contenido pero esa contención ha de considerarse como el paréntesis que permita la reconstrucción espiritual de Occidente.

Paréntesis absolutamente necesario. Para que no se nos tache sin justicia de militaristas, de amigos del empleo de la fuerza, nos limitamos a plantear el problema tal como lo consideramos tras meditado y detenido estudio.

Para luchar contra el comunismo en el campo material no puede partirse de los principios aceptados por las demás doctrinas, que permiten en escala mayor o menor la refutación pública de sus tesis y las propagandas destinadas a combatirlas. El comunismo es esencialmente dictadura total y los países sometidos a su yugo se ven privados de medios de acción. El comunismo no reconoce derechos al adversario, lo considera enemigo del pueblo, lo juzga, lo condena y lo ejecuta sin piedad. La Iglesia silenciosa, sometida hoy detrás de la cortina de hierro a la peor persecución de su historia, atestigua la verdad de nuestras afirmaciones. Basta leer las repetidas exposiciones de los intelectuales fugitivos del dantesco círculo, para saber que el comunismo no sólo persigue sin misericordia al adversario sino que obliga a los artistas, músicos y escritores a consagrarse a su servicio.

Dejar que la ola invada otras zonas es suicidio. Es entregar al adversario nuevos recursos, nuevas masas, nuevos esclavos.

Reciente tenemos el caso de China. Escritores y estadistas norteamericanos, al verse confrontados con la inevitable catástrofe a que los había conducido su política equivocada, se consolaron afirmando que los comunistas serían incapaces de asimilar a China y que ésta acabaría asimilándolos a ellos como a través de la historia lo había logrado siempre el gigantesco imperio.

Error monstruoso, nacido de que sus defensores no tuvieron en cuenta el cambio fundamental de las condiciones del mundo. El comunismo no es el simple conquistador político que se contenta con el ejercicio del poder. Es el conquistador total que busca la sujeción de cuerpos y almas y cuenta para ello con organización técnica de indudable eficacia. El comunismo logró dominar y unificar a China, ahogar la oposición y lanzar contra Occidente a los soldados mismos que antes defendían a Chiang Kai Shek. Al tiempo que la democracia se deja socavar por dentro, el comunismo suprime brutalmente toda tentativa de penetración interior o exterior.

En esas condiciones llegará el instante en que la fuerza deba hablar, instante por lo demás muy de acuerdo con la tesis materialista, que por razón de su esencia filosófica sólo pueda aceptar y comprender cosas materiales... como el golpe.

Si existe grave error en creer que la fuerza es la solución, no menos grave resulta imaginar su inutilidad. Bien aplicada, ella es sostén del derecho, columna de la autoridad, condición indispensable de la vida social organizada. Ilusos sin sentido común son quienes por condenar sus atropellos se consagran a denigrarla. Con balanza pero también con espada pintan a la diosa de la justicia y bueno estaría el mundo si ella no pudiera imponer sus decisiones.

Así como en el mundo físico al desaparecer toda manifestación de movimiento y energía se llega al cero absoluto, al reposo total y estéril de la materia, también en el campo de la vida social al prescindir de la fuerza se llega a la incapacidad absoluta, la impotencia trascendental.

Dios no es solamente inteligencia, bondad suma, sabiduría infinita, sino acto puro y en ese acto se encierra la omnipotencia, es decir la totalidad del poder. Como en el mundo de tejas para abajo no puede llegarse a la síntesis divina, resulta necesario para lograr la acción dividir las potencias y así el Estado que quiere subsistir necesita conocimiento de sus propósitos, donde reside la ciencia del gobierno, y capacidad para ejecutarlos, donde habitan el poder y la fuerza como requisito.

Pero la civilización cristiana, no puede salvarse y reconstruirse por el mero ejercicio de la fuerza. Factores más complejos y variados entran en el problema, para que pudiéramos creer que la simple mecánica política, la aplicación del poder solucionaría el asunto.

Por qué está amenazada la civilización cristiana?

Porque traicionó su esencia.

Luégo sólo volviendo a ella, recobrándola, puede redimirse.

Hoy día su mayor amenaza es el comunismo por la razón sencilla de que esta doctrina representa la antítesis de la civilización cristiana. De tal modo la representa que hemos llegado, dentro de la lógica de los hechos, a no tener más selección de campos ideológicos que el cristiano o el comunista.

Por lo tanto, nuestra civilización no tiene más camino para salvarse que el que se expresa en fórmula de concentrada síntesis:

Recristianizar al mundo. - Restaurarlo todo en Cristo según el lema de San Pío Décimo.

Esa recristianización abarca múltiples y amplios sectores de la vida social e individual.

No se trata de una especie de cruzada mística, para lograr que los hombres aprendan la olvidada ciencia de rezar, el humilde arte de postrarse de rodillas en homenaje de reverencia a su Creador y para pedirle mercedes, como lo dice con encantadora sencillez el catecismo de Artete. Es claro que la recristianización del mundo debe empezar por el individuo, pero ha de extenderse a la familia, a la sociedad, al Estado. Como en toda acción creadora de nuevas condiciones de vida van íntimamente unidas la construcción de lo necesario y la supresión de lo perjudicial, en esta tarea de recristianización será preciso destruir muchas cosas que se han venido incrustando en nuestros sistemas y no corresponden a las necesidades de la hora.

El origen económico del comunismo, su entreveramiento indiscutible con los problemas de distribución de la riqueza, su táctica de aprovechar la miseria para conseguir adeptos, su tesis de considerar las instituciones como superestructuras provenientes de la estructura económica por una parte; por otra el afán en sus adversarios de defender privilegios injustificados y el hecho indiscutible de que muchos de ellos son tan materialistas como los comunistas, ha solido desviar la discusión a terrenos que hacen perder de vista la esencia del debate. Pa-

ra salvar a Occidente no se trata de salvar determinado orden económico. Es absurdo pensar que los sistemas de distribución de la riqueza, el régimen de producción, el de propiedad territorial etc., permanezcan estáticos, en tanto que el mundo marcha con movimiento acelerado. Ni lo que hoy existe es perfecto, ni lo bueno que hay y responde a las condiciones actuales ha de responder mañana, y no hay imaginación capaz de prever cómo será el mundo dentro de uno o varios siglos. Es preciso reconocer la contingencia de lo contingente, la inestabilidad de lo inestable y no perder la batalla general por comprometerse a escaramuzas sin objeto.

Del orden económico sólo interesa salvar lo que hay en él de esencia para mantener la civilización de Occidente, que es muy poco. Estudiando las encíclicas de los Papas se llega a la conclusión de que lo único necesario es mantener el principio y la práctica del derecho de propiedad, no absoluto sino limitado, exigiendo al propietario el cumplimiento de sus funciones sociales y armonizando el derecho individual con el interés común. La extensión de la propiedad, el sistema de salarios, la restricción o ampliación de las compañías anónimas, la participación del trabajador en los beneficios de la empresa, el sistema de monopolios o el régimen de la concurrencia, la reglamentación de las grandes fuentes de la riqueza, son cosas dejadas a las disputas de los hombres. Que la electricidad la venda el Estado o la vendan los particulares no es cuestión de dogma.

Lo que defendemos es algo muy distinto. La existencia de la sociedad fundada sobre el reconocimiento del orden espiritual y la limitación de los derechos, que permita tanto el progreso como el noble juego de las libertades esenciales del hombre.

Los límites contra el totalitarismo.

El espíritu contra la materia.

La Cruz contra la hoz y el martillo.

En la defensa del orden espiritual reside la íntima esencia del problema, porque si Dios no existe el materialismo dialéctico posee la verdad.

Como los asuntos de la política no son de sencillez absoluta, sino que se encuentran llenos de conexiones, hay dentro de los sistemas de organización económica del Estado algunos que combatimos no por considerarlos intrínsecamente malos sino por creer que su desarrollo natural trae consecuencias que arrastran en la práctica al régimen totalitario y, por lo tanto, a la pérdida de la libertad.

Como el Estado no se hizo para regir la vida espiritual del hombre sino la sociedad civil sobre la tierra, no pretendemos tampoco una sociedad mística, teocrática, dedicada a la contemplación beatífica.

Se trata del Estado respetuoso pero dinámico.

Del Estado que cumpla verdaderamente su misión.

LIMITACION DEL ESTADO

En el terreno práctico, la lucha para salvar las libertades esenciales del hombre, gira alrededor de los poderes del Estado.

Esa entidad admirable, creada para el perfeccionamiento individual y el social, que dentro del cumplimiento verdadero de su misión es factor de progreso, fundamento del orden y garantía del derecho, está expuesta como todo en el mundo a desviarse de su camino y le ocurre entonces lo que vieron con claridad los latinos al afirmar que "corruptio optima pésima est", o sea que nada hay tan pernicioso como la corrupción de las cosas excelentes.

En la limitación del Estado no nos referimos a sus formas de constitución y de gobierno, que son apenas los accidentes del poder público. Democracia, Estado corporativo, monarquía, dictadura, no constituyen lo esencial del Estado, sino las formas accidentales de la autoridad, los campos dentro de los cuales puede ejercerse y la extensión del ejercicio.

El gran peligro reside en la extralimitación del Estado.

Sería ingenuo pensar que dentro de las complicaciones de la vida moderna podríamos limitar sus funciones a las descritas y sobre todo entendidas por el liberalismo de Manchester. Mantener la seguridad internacional del país es función que nadie discute al poder público, y si por mantener el orden en el interior se entendiera el orden verdadero no tendríamos objeción alguna contra el programa manchesteriano. Pero los propugnadores de esa ideología entendieron el mantenimiento del orden como la simple vigilancia arbitral del Estado sobre competidores individuales entregados a la más libre y desatada de las pugnas. Esa función así entendida implica la impotencia del Estado para proteger a los débiles, tutelar la justicia social y en general fijar los límites entre el derecho de cada uno y el de los demás. Nació de aquí la necesidad de intervenir, de conceder al Estado papel más activo, autoridad más amplia.

No fue preciso para ello hacer verdadera revolución. La actividad interventora del Estado es inherente a su naturaleza, hasta el punto de que fue creado precisamente para intervenir, substituyendo la justicia individual —vindicta muchas veces— por la oficial, la solución violenta de los conflictos por la legal, la acción dispersa por la colectiva y organizada. Cuando el Estado moderno define una disputa de trabajo, ejerce esencialmente la misma función que cuando regula el uso de aguas entre dos riberanos. Sólo que el mundo tardó mucho tiempo en comprender que el trabajo humano merece y necesita protección tan eficaz como el derecho de propiedad.

Lo malo es que, dentro de la necesaria actividad interventora del Estado, falsifica éste muchas veces los fines que la orientan y en vez de intervenir para beneficio de los particulares y de la comunidad lo hace para el suyo propio.

Anotaremos varios casos de esta desviación, que marchan todos hacia el establecimiento del socialismo de Estado.

Fuera del puro régimen comunista, dos pretextos ha tenido el Estado para convertirse en industrial. El primero, muy antiguo, ha sido el de buscar recursos fiscales. Es así como se han establecido monopolios oficiales de la sal, los fósforos, las bebidas alcohólicas, el tabaco, etc.

La medida no es objetable en sí misma y generalmente se aplica a artículos de consumo universal pero que se usan individualmente en pequeñas cantidades, como la sal, o a los de consumo innecesario y aun posiblemente nocivo como alcoholes y tabacos. El Estado puede obtener así recursos económicos importantes sin molestar demasiado a los súbditos. Es cierto que suele ser mal administrador y mal industrial hasta el punto de que los franceses, amigos de la crítica burlesca, formularon su concepto sobre el monopolio de fósforos en frase muy conocida: Las cerillas de la Regalía no encienden. Pero al fin y al cabo el asunto no es grave y se limita a que el consumidor pierde la facultad de elegir y debe conformarse con lo que encuentra.

En el caso del monopolio de bebidas intoxicantes hay otro problema colateral, ya que el Estado por una parte está obligado a combatir la embriaguez y procurar la temperancia, y por otra se dedica como fabricante a extender el consumo de sus bebidas. Se coloca así en la posición tragicómica de que primero emborracha al ciudadano y después lo encarcela por haberse emborrachado.

El segundo motivo que lleva al Estado a convertirse en industrial se titula conveniencia general. El problema es más complicado.

Hay en la vida moderna ciertos elementos como la electricidad y los transportes que son de verdadera utilidad pública, tienden a convertirse en monopolios de hecho y se hacen indispensables para la vida de la comunidad. Se alega entonces el peligro de dejarlos en manos de particulares, que pueden abusar de su posición privilegiada y el Estado los toma para sí.

Al argumento de conveniencia social se agrega el de justicia, ya que para la producción de energía eléctrica es preciso muchas veces aprovechar recursos de propiedad pública, como las caídas de agua, y para su distribución, lo mismo que para el servicio de transportes en general, usar calles, plazas, carreteras y caminos, y valerse con frecuencia de la autoridad pública para establecer servidumbres, expropiar fajas de terreno etc.

Partiendo de estos principios se puede llegar a la conclusión de que el Estado, como representante de la comunidad, debe tomar a su cargo tales actividades, convirtiéndose en industrial y monopolista.

Los moderados en estas cuestiones establecen claramente que sólo para casos estrictamente de utilidad pública puede el Estado agregar a su oficio de gobernante el de productor y vendedor de riquezas o servicios.

La tesis parece razonable y aun conveniente. Sobre todo al tratarse de regímenes democráticos se puede alegar que la comunidad conserva el control por medio del voto y puede corregir posibles abusos del Estado, lo que no sucede al tratarse de empresas particulares.

En la práctica las cosas ocurren de modo muy distinto; tan distinto que habiendo sido en nuestra juventud partidarios de la tesis, la hemos criticado fundamentalmente en los años maduros, como fruto de la experiencia, por encontrarle dos defectos graves: la incompetencia del Estado y el aumento peligrosísimo de sus funciones y poderes.

La ineptitud del Estado como industrial no depende de ocasionales desaciertos en la elección de personal, sino de su naturaleza

política. Salvo contadas excepciones, la provisión de puestos se hace como resultado de simpatías de partido, nexos de camarilla y conveniencias electorales. En la empresa privada puede haber errores y los hay, pero es indudable que tanto juntas directivas como asambleas de accionistas en el caso de las sociedades anónimas, y los propietarios y gestores en otros tipos de empresa, al nombrar su personal tienen como única norma la capacidad. De este contraste de posiciones resulta que el particular administra bien y el Estado mal.

En la prestación misma del servicio, suele el Estado dejarse llevar por consideraciones ajenas al interés común para buscar conveniencias políticas. Con breves intervalos de mejoría, cuando la reacción pública o la presencia de algún administrador especialmente bien dotado y bien intencionado, cambia el panorama, la empresa oficial se convierte en simple extensión de la burocracia.

No reside, sin embargo, en este aspecto de la ineficacia el verdadero peligro de la actuación industrial del Estado, sino en la creciente extensión de sus poderes, que lo lleva poco a poco, una vez que empieza el camino, al régimen del socialismo.

Es un proceso lógico, que se desarrolla con la fatalidad de las fuerzas naturales como las de la gravitación universal. Una vez que se empieza es difícil detener la carrera.

Existe el problema de las conexiones económicas. En el sistema moderno de producción no hay empresas totalmente aisladas, sino que entre todas existen vínculos y dependencias. El productor de fluido eléctrico depende de los fabricantes de maquinarias, alambres, transformadores, artefactos etc., cuando no, —en el caso de energía de origen térmico— de los propietarios de hulleras; el transportador tiene dependencias análogas, y cuando usa fluido eléctrico para mover sus vehículos se ve obligado a producirlo él mismo o a arreglarse con los productores.

En el régimen de empresa privada la libre competencia acaba por producir acuerdos equitativos en general, pero el Estado tiene criterio distinto y trata de resolver el problema extendiendo sus funciones, es decir aumentando su carácter de industrial y emprendiendo nuevas actividades.

Cuando la empresa oficial no constituye monopolio sino que coexiste con las privadas, surgen aspectos morales que complican la situación. En efecto, lo oficial compite con lo particular en condiciones onerosas para la empresa privada. La oficial no necesita producir utilidades, pues ahí tiene el presupuesto general para llenar sus déficits; no tiene temor de quiebra por el carácter permanente del Estado; está llena de privilegios fiscales en materia de aduanas, tributos etc. Por encima de todo posee el poder legislativo en mayor o menor escala, desde la ley de carácter general hasta el reglamento de aplicación particular. En estas condiciones puede acosar al competidor hasta hacerle la vida imposible. Como no escapa a las complicaciones éticas del problema, acaba por resolverlo suprimiendo la situación enojosa, o sea estableciendo el monopolio, convirtiendo en pública toda la industria o al menos uno de sus ramos.

Por encima de estas consideraciones hay otra que las domina todas: el Estado extiende sus actuaciones industriales para aumentar su poder.

No lo confiesa y se escuda en pretextos más o menos laudables, pero que esconden el objetivo verdadero. Protección de la comunidad, garantía de los consumidores, distribución equitativa de los servicios, contención del enriquecimiento indebido, hasta la proclamación pura y simple de la tesis del socialismo de Estado, como en el caso del laborismo inglés.

El resultado es el mismo, cualesquiera que sean los motivos: el Estado se extiende como los tentáculos de gigantesco pulpo y estrecha día a día el campo donde puede moverse libremente el particular.

Porque cada nueva empresa es fuente de poder: poder por la influencia económica, poder por los funcionarios que recluta, poder por la presión que ejerce sobre proveedores, contratistas y clientes.

Para que se vea cómo es de extenso el campo y se comprendan los peligros, basta la enumeración, quizás incompleta de empresas oficiales en Colombia, país no socialista:

Salinas terrestres y marítimas, campos petroleros, ferrocarriles, producción y distribución de energía eléctrica, transportes urbanos, fábricas de licores embriagantes, acueductos, teléfonos, telégrafos, radio-difusión, televisión, mataderos, plantas pasteurizadoras de leche, tejarés, plazas de mercados públicos, hoteles, comisariatos, fábricas de tubos de cemento, plazas de feria de ganados, imprentas, periódicos, minas de esmeraldas y de oro. Además las llamadas empresas semioficiales, donde la influencia del Estado es decisiva o preponderante: bancos, cajas de ahorros, empresas siderúrgicas, compañías de navegación, laboratorios biológicos, flotas pesqueras.

La enumeración no implica censura particular a todas o varias de las empresas anotadas. Sabemos muy bien las razones que produjeron su transformación o su iniciación como oficiales, y aun tomamos parte como miembros de corporaciones de elección popular en la **oficialización** de algunas. Pueden escribirse volúmenes muy razonables y razonados en pro o en contra. Nuestro único interés es mostrar con ellos las posibilidades de crecimiento industrial del Estado y la habilidad con que las aprovecha.

Pero de paso, sí anotamos algo que suele olvidarse en la discusión. La defensa del consumidor fue argumento poderoso cuando regía en la gestión del Estado el concepto manchesteriano de no intervenir. En esa época el dueño de cualquier monopolio no tenía más límites para sus pretensiones en calidad y precio, que el impuesto por la natural restricción causada en los consumos por los abusos. Hoy la situación es distinta. El Estado puede intervenir o interviene con reglamentación de precios y de condiciones y resulta mejor colocado para proteger al público cuando ejerce únicamente su función de tutela y vigilancia, que cuando se convierte en sustituto del vigilado.

El peligro que vemos en la creciente extensión de las funciones oficiales es el de la libertad humana, amenazada de morir por asfixia, porque la totalidad del poderío económico en manos del poder

público destruye uno de aquellos límites del Estado que consideramos elementos básicos de nuestra civilización.

Imaginemos, en efecto, un Estado donde todas las grandes fuentes de producción, la industria bancaria, el comercio y la tierra misma queden de propiedad oficial, aun en el caso de reconocer al ciudadano el derecho de poseer cierto limitado número de bienes como casa propia, objetos de uso personal etc. Imaginémoslo, no en ejecución del régimen totalitario comunista sino del socialismo democrático, es decir aprobado por el voto de la mayoría y sostenido por él. Agreguemos, en gracia de discusión, que ese Estado reconoce en teoría los derechos de oposición, de crítica, de libertad de enseñanza, la de prensa, la de palabra, la de cultos, la de trabajo.

En teoría encontramos que las libertades básicas de la persona humana no sufren menoscabo. Pero qué sucede en la práctica?Cuál es el desarrollo lógico inevitable del sistema?

Que esas libertades caducan.

Qué le ocurre a la libertad política?

Al convertirse el Estado en el único empleador y los particulares en sus empleados forzosos, resulta moralmente imposible para los últimos resistir la presión de los dueños del poder. El pan de cada día es demasiado importante para comprometerlo con actitudes de oposición y desafío a los gestores de las empresas oficiales, cuando al ser despedido de éstas el ciudadano se queda de cesante integral. Si es padre de familia, la situación es peor porque entonces no se trata sólo de sacrificarse a sí mismo sino de sacrificar a los suyos. Es porque en el fondo, la libertad política no puede ejercerse si no se posee cierta libertad económica.

Qué la sucede a la libertad de enseñanza?

Que en semejante régimen los particulares carecen de los recursos fiscales necesarios para crear y sostener universidades, escuelas, institutos técnicos. El Estado es dueño de toda la riqueza. Seremos tan ingenuos que creamos que ese Estado omnipotente suministrará fondos para sostener escuelas donde se enseñen tesis contrarias a las que él sostiene, donde se discuta su misma razón de ser, donde se pida el cambio de todo lo que dicho Estado representa? Habrá alguien que ante las enseñanzas de la historia que nos muestra cómo son de absorbentes, propagandistas y exigentes los dueños del poder público, cómo luchan por perpetuarse en él, cómo tratan de imponer sus ideas por la razón o la fuerza, piense en la posibilidad de mandatarios apóstólicos que repartan equitativamente el presupuesto entre sus amigos y sus enemigos y doten con el mismo criterio la cátedra de economía política donde se defienda el socialismo y aquella donde se le ataque?

Sería absurdo y en estas cuestiones podemos equivocarnos los hombres, pero no tenemos el derecho de ser estúpidos.

Igual argumento debe aplicarse, *mutatis mutandi* para las demás libertades. Cómo pueden funcionar la Iglesia reducida a la miseria, la prensa dominada por el poder público, la tribuna ocupada por funcionarios oficiales, el parlamento formado por elecciones en que los electores son en realidad obreros públicos, sometidos a la influencia o las amenazas del cacique político? Cómo puede vivirse vida indepen-

diente en ese país donde se tropieza con el Estado en todo y para todo? Donde el vendedor de víveres, el de calzado, el de vestidos, el conductor del bus, el actor dramático, el maestro de escuela y hasta el poeta y el artista están encerrados fatalmente dentro de las nóminas oficiales? En esa sociedad, la libertad muere de asfixia por enrarecimiento de la atmósfera donde debería respirar.

Fatalmente ese régimen evoluciona al comunismo.

No hay para qué hacerse ilusiones.

Al socialismo de Estado se llega por uno de dos caminos: o como aplicación de la tesis materialista del marxismo, o por el anhelo de mejorar las condiciones de vida de los asociados mediante mejor distribución de la riqueza. En el primer caso, el aspecto democrático y liberal desaparece fatalmente, porque es sólo máscara que se usa mientras se obtiene la totalidad del poder. En el segundo, como en lugar de producirse distribución más equitativa de la riqueza se concentra íntegramente en manos del Estado, y en lugar de aumentarse el número de propietarios se elimina, ese Estado evoluciona fatalmente al concepto de su grandeza material colectiva y substituye el enriquecimiento exagerado de unos pocos por el suyo sin límites. Sumergido en atmósfera puramente industrial pierde el concepto de los valores espirituales y adquiere la sicología del barón de industria del siglo XIX. Iniciado el descenso alcanza inexorablemente a la sima, la tesis materialista, porque llega el instante en que encuentra en ella la única justificación posible del sistema.

Creemos que el camino que ha de seguirse es muy distinto.

Para mejorar las condiciones del pueblo, no se trata de substituir al patrono particular por el funcionario público, sino de aumentar el número de propietarios, la remuneración del trabajo y la participación de las masas en los bienes del mundo, no por el sencillo expediente de que se consideren copartícipes en su calidad de ciudadanos sino por el real de que tengan acceso individual a ellos. La posición del obrero mal calzado en una fábrica de zapatos, no cambia porque el dueño se llame Don Fulano o Don Estado, sino porque con el uno o con el otro, tenga la posibilidad real de adquirir zapatos nuevos.

Encontramos aquí uno de los errores fundamentales de la política moderna, disfrazada con el nombre de social. Pretendiendo que se busca mejor distribución de la riqueza, el Estado aumenta tributos, multiplica el número de funcionarios, inventa actividades y disimuladamente se va convirtiendo en propietario de fuentes de producción.

Será éste, realmente, el sistema adecuado para levantar el nivel de vida de las masas?

No lo creemos y estamos, por el contrario, convencidos de que por tales caminos se llega sólo a establecer el socialismo como antecámara del comunismo y a volver al Estado cada día más poderoso, con mengua de la libertad.

Como el asunto es de vital importancia trataremos sus diversos aspectos.

Existe, en primer lugar, la amenaza política.

Cada nueva actividad oficial se traduce en creación de empleados públicos, en proliferante burocracia. Aun en el caso de funciones

que se establecen como medidas de emergencia, para corregir determinada situación pasajera, la práctica nos enseña que la oficina, el centro, la sección, el departamento, llámese como se quiera, tiende a estabilizarse y sobrevivir por años y años a la emergencia que le dió origen. El Estado no existe sino en nuestro pensamiento. En la realidad consiste en los empleados públicos, desde el jefe del gobierno hasta el último policía o el más humilde secretario de juzgado municipal. El Estado son hombres. Hombres que piensan, aspiran, ambicionan, planean y reaccionan como todos sus semejantes. Tienen las mismas virtudes y los mismos vicios, las mismas generosidades, los mismos egoísmos, las mismas limitaciones que el resto de la humanidad. Es por lo tanto, humano, demasiado humano, que traten de conservar y mejorar su posición. Por eso no renuncian a las ventajas adquiridas, ni al poder logrado, ni a la influencia conquistada, ni a los vasallos conseguidos. El ciudadano nombrado para el puesto público es amigo de quien lo nombra, el despedido su enemigo político. Lógicamente se trata de aumentar amigos y disminuir enemigos. Lo que en términos de política norteamericana se denomina patronazgo, es decir la influencia política ejercida en pro de los copartidarios para conseguirles casillas en el presupuesto, es rasgo esencial de la vida pública. A medida que el número de los patrocinados aumenta, el voto popular realmente democrático pierde importancia, porque tiene qué luchar contra la inmensa presión de la maquinaria oficial. Muchas veces es más potente esa presión de intereses creados que la amenaza misma de la violencia. La burocracia, salida del número de funcionarios que normalmente se necesitan para que el Estado cumpla debidamente sus funciones y convertida en ejército de propaganda política, crea dentro de los países modernos una casta privilegiada que defiende sus posiciones, con la ventaja de que usa el poder. En esa forma el juego democrático se vuelve desigual y la libertad política va diluyéndose poco a poco, hasta desaparecer totalmente, sobre todo cuando el poderío del Estado y su carácter de empresario, lo convierten en el más rico y universal de los patrones.

En antiguos tiempos, el Estado usó su facultad de imponer tributos con el único y natural objetivo de atender a sus necesidades. Hoy lo hace para eso y, al mismo tiempo, para influir en la economía y hacer política social.

Esencialmente ambos objetivos son legítimos, pero su mal uso los convierte en arma peligrosísima.

La influencia de los tributos sobre la economía nacional, cuando los presupuestos oficiales se vuelven gigantescos, es decisiva; y como no siempre la sabiduría y la prudencia acompañan a los encargados de la hacienda pública suele producir crisis artificiales y trastornar el juego natural de las justas actividades individuales. La exuberancia exagerada de los recursos oficiales obra como estimulante para que el gobierno, sintiéndose poderoso, emprenda cada vez más y gaste sin medida. Como en esta carrera de Maratón los efectos se convierten en causas, suele producirse la inflación —efecto de los excesivos gastos oficiales— que al disminuir el poder adquisitivo de la moneda roba su efectividad real a los tributos y los exige cada día mayores, hasta el

momento en que el Estado no tiene otro recurso que acudir a emisiones más o menos disimuladas y al incremento incontenible de la deuda pública. Si se estudian los presupuestos modernos, se observa que la partida destinada a intereses y amortización aumenta sin cesar, de suerte que si esa tendencia continúa, llegará el momento en que la mayor parte de los tributos no servirá para el servicio del Estado sino para el de sus innumerables acreedores.

En esto de la política social, se esconde una de las más peligrosas y generalizadas mentiras de la política moderna.

Cada vez que se aumentan en grande escala los tributos, se repite la cantinela de que eso se hace —salvo en casos de emergencia como la lucha armada— para proteger a los desvalidos a costa de los ricos. El argumento, si así puede llamarse, tiene indiscutible encanto demagógico y la virtud de engañar a los pequeños, que lo creen a pie juntillas. Pero la mentira consiste en que ese no es el fin que se busca ni la aplicación que se da al tributo. El fin consiste únicamente en engrandecer al Estado y enriquecerlo a él, a él solo en perjuicio de toda la comunidad.

Porque, cómo se invierten los famosos tributos? En aumento de sueldos, de prestaciones, de prerrogativas a los empleados públicos; en iniciativas muchas veces inconsultas, en armamentos que por los vertiginosos progresos de la técnica a los pocos años no sirven por anticuados.

Queremos ser muy claros en esta materia. Hay un modo real y verdadero de invertir los acrecidos tributos en beneficio de los pobres, pero ese es el que menos se entiende, más se olvida, menos se practica.

Consiste en invertir los aumentos en obras de mejoramiento general, en hospitales, asilos, higiene, medicina generalizada, escuelas, parcelaciones, casas para los necesitados etc. Usados de esta manera, los tributos sí realizan política social y de la buena. Pero no siempre se usan.

Cómo es posible, que en Colombia por ejemplo, cuando los impuestos han dado saltos vertiginosos, la inmensa mayoría de la población rural y semiurbana carezca de hospitales siquiera mediocres? Cómo se justifica una civilización que gasta para lo suntuario sumas ingentes y deja que todavía haya quienes mueran de hambre, de falta de asistencia médica, de ignorancia?

Por qué no asume el Estado la realidad de sus obligaciones y deja de considerar las partidas para asistencia pública como limosnas graciosas, que precisamente por limosnas pueden ser y son insuficientes?

Por qué no da al impulso su destinación natural?

Por qué no cambia la copla demagógica por la verdadera y efectiva obra de dar de comer al hambriento, de vestir al desnudo, de abrigar al que no tiene techo?

Por la razón sencilla de que el poder político despierta la inteligencia para su aprovechamiento ilimitado, pero suele oscurecerlo para la comprensión de sus verdaderas misiones.

Esto no vale para un solo gobierno sino para todos, pues precisamente ese descuido de funciones elementales, esa búsqueda ávida de poderío, ese olvidar los fines últimos es lo que ha abierto el campo para la propaganda comunista y hace muchas veces que los mismos hombres de derecha, desilusionados por gobiernos ineptos y gárrulos, prefieran entregarse a la tragedia totalitaria, con tal que el gobierno decida realmente gobernar.

El resultado final de esa mentira de la política social será el Estado socialista, donde no se moverá la hoja del árbol sin la voluntad del que manda.

RETORNO A LA HUMILDAD

Esta civilización nuestra, descrita como la que se funda en el reconocimiento de límites precisos, está amenazada de muerte porque el mundo posterior a la Reforma los abandonó en espíritu y en verdad.

La esencia de su extravío ha sido simplemente el pecado de orgullo, que es siempre causa de las grandes ruinas: el que precipitó a Satanás a lo profundo del abismo, el que robó a nuestros primeros padres su estado de inocencia y nos dejó, como secuela de su culpa, las tribulaciones del mundo. Es el pecado que consiste en negar los límites del ser creado y pretender que sea igual a su Creador. Satanás se niega a obedecer porque su orgullo le impide aceptar la inconmensurable distancia que separa lo finito del Infinito. Adán y Eva violan la prohibición porque creen que al hacerlo se igualan a quien la ha dictado y se libran así de la obediencia. A través de la historia es el orgullo el que desbarata imperios, anula el genio y conduce a los grandes caudillos desde el pináculo del poder hasta los más impresionantes fracasos: de las Tullerías a Santa Elena, de la apoteosis de Munich al oscuro suicidio en el sótano del palacio hecho trizas por los cañones enemigos.

La humanidad moderna es esclava de la soberbia y el orgullo. El avance grandioso de sus adquisiciones técnicas la inclina a pensar que desaparecieron las fronteras de sus posibilidades, sin darse cuenta de que el misterio y lo inconocido nos rodean todavía y nos rodearán siempre con sus muros de plomo. En una de aquellas contradicciones básicas que son patrimonio de la especie, empieza por exaltar la inteligencia más allá de lo debido y acaba por degradarla convirtiéndola en simple juego de leyes naturales de la materia, secreción del cerebro, evolución de fuerzas biológicas, producto de impulsiones eléctricas, algo tan sin importancia como la concha del crustáceo o las propiedades del jugo gástrico. Le enseña la astronomía la pequeñez de la tierra ante la inmensidad del universo, y sin embargo se cree centro de la creación, negando, eso sí, que alguien la haya creado. Descubre cada día fuerzas más potentes y se olvida de establecer los frenos jurídicos que las controlen. Proclama la soberanía de su voluntad y al mismo tiempo se entrega al fatalismo histórico. Esta humanidad es una contradicción que piensa.

El mundo pagano fue soberbio pero con soberbia en cierto modo personal y limitada. El hombre pagano quería dominar a sus seme-

jantes para aumentar el disfrute de bienes materiales y gozar las delicias del poder, la sensación del primer puesto, pero dentro de su orgullo existía cierta moderación, respetaba las normas tradicionales y se inclinaba ante sus dioses. Este orgullo moderno es de peor especie. Es colectivo. No es sólo el de un hombre sino el de toda una sociedad. No se ejerce sólo contra sus semejantes sino que como lo dice Pío XII al comentar la diferencia entre la Reforma y los tiempos modernos, se ejerce contra Dios.

Al aumentar sus medios los dirigentes de la sociedad moderna creen orgullosamente que todo es posible y nada prohibido, mejor dicho que lo posible no es materia de prohibición. Al arrebatarse sus fundamentos morales al derecho lo vuelven convencional y variable, es decir destruyen los límites que él encarna. Al hacer de la moral un código de convivencia y conveniencia, le quitan su carácter de obligatoria. Al convertir el matrimonio en simple contrato consensual socavan la familia. Al proclamar la soberanía popular ilimitada, aniquilan la última defensa de la libertad humana y substituyen el tirano clásico, mortal y transitorio, por la multitud permanente y sin entrañas. Al establecer el materialismo y negar a Dios rompen la última valla que puede contener los desvaríos de la humanidad.

El hombre no llegó de golpe a semejante caos. Poco a poco, con la tenacidad de las fuerzas erosivas, fue disolviendo sus límites.

El tentador es sicólogo y aprovecha los momentos propicios, trabajando sobre la tendencia de los hombres a dejarse dominar por el orgullo. En Roma utilizó la gloria del Imperio para que las multitudes divinizaran a sus emperadores. Cuando el Renacimiento, con su admirable floración de arte e inteligencia, abrió nuevos horizontes y la humanidad sintió la exaltación dionisiaca de sus nuevos poderes, al mismo tiempo que las carabelas de Colón le entregaban la totalidad de la tierra, utilizó esa alegría incontenida para moverlo insidiosamente a desconocer los límites tradicionales. La Reforma se incubó en ese ambiente de plenitud ficticia, porque el hombre único de que hablaban los italianos se sintió incómodo ante los mandatos de la Iglesia y la sujeción al dogma. Quería ser al mismo tiempo guerrero, estadista, poeta, escultor y soberano absoluto de su voluntad. Comió del fruto maldito de la rebeldía porque quiso ser semejante a Dios.

La crisis definitiva se presentó cuando la naturaleza física empezó a revelar en grande escala sus grandiosos secretos. Cuando el hombre sometió a su servicio las fuerzas que como la electricidad lo habían aterrorizado con manifestaciones como el rayo, cuando descubrió los secretos de la química, cuando la biología le enseñó la estructura de las células y la maravilla de los tejidos, creyó que conocer la actualidad de los seres lo libraba de la obligación de reconocer sus orígenes divinos y suprimió a Dios de la sociedad y del alma. Superó a sus antepasados en el orgullo, porque ya no quiso ser semejante a Aquel cuya esencia es existir, sino que resolvió negarlo. A qué la vieja aspiración de ser semejante o igual a Dios si el hombre se creía Dios?

Pero ese dios humano, hijo de la mecánica y la técnica, sigue sujeto al perenne lote de miserias que lo acompañan desde su origen. Es un dios que padece, sufre, muere. El desorden incontrolable de

cualquiera de sus células lo mata con el cáncer; un pequeño vaso que se rompe en su sistema vascular lo destruye con la hemorragia cerebral; un fallo de las válvulas le paraliza el corazón. Es un dios que no puede gobernarse a sí mismo y siente, contra todos sus sofismas, las limitaciones trágicas de la realidad.

El creyente afronta con tranquilidad el problema, porque tiene para explicarlo la existencia de un Dios providente y de un fin último, la limitación de lo creado, la pequeñez de la criatura. Pero el incrédulo al tropezar con el muro de bronce de la inteligencia brillantísima que es sin embargo incapaz de conservarse a sí misma, deriva fatalmente hacia el materialismo y en vez de encadenarse al orden admirable que nos lleva del átomo a Dios, se vuelve materialista, es decir, lo explica todo por la existencia de un universo eterno e increado cuyas leyes ciegas actúan como dioses. En realidad el materialismo en sus distintas manifestaciones aún la del comunismo ateo, no es la negación intrínseca de Dios sino la substitución del ser personal e inteligente y eterno por otro Dios impersonal, inconsciente, diluído y comprendido en la totalidad de la materia.

Los males y peligros de la civilización mecánica no son intrínsecos sino subjetivos en relación al hombre que la usa. En realidad el estudio de las leyes naturales y la utilización de sus poderes es una de las misiones temporales de la humanidad. Al entregarle Dios la tierra, no se la entregó para que la disfrutara como los animales sin actuar sobre ella, sino que dotándola de inteligencia quiso que usara el poder maravilloso del pensamiento para mejorar sus condiciones de vida. En la misma formación del cuerpo humano, demostró Dios su sabiduría al dar al hombre el instrumento insubstituible de las manos, esa herramienta primaria de donde se derivan todas las máquinas que el hombre ha construído y puede construir. Ningún otro animal la posee tan adecuada y por eso aun aquellas criaturas que como la abeja y el castor son capaces de construir, lo hacen con el mismo eterno modelo, sin que cambien ni puedan cambiar nunca la forma de sus construcciones. Las patas y la trompa de las abejas, los dientes y la cola del castor, son elementos de eficacia limitadísima; en cambio las manos del hombre, capaces de múltiples movimientos, pueden variar indefinidamente, regidas por la inteligencia, la forma de sus realizaciones, y sobre todo tienen la virtud de construir otras herramientas que multiplican y diversifican la capacidad de producción. Por eso algunos naturalistas tratan de cambiar la denominación tradicional de *homo sapiens* por *homo faber*, el hombre capaz de fabricar.

Creado así el hombre, *faber* y *sapiens* al mismo tiempo, se halló en condiciones no sólo de utilizar la tierra sino de trasformarla y de protegerse contra las variaciones de clima y suelo. En tanto que los grandes animales prehistóricos desaparecieron, incapaces de adaptarse a los cambios geológicos, el hombre pudo ocupar la totalidad del planeta, desde los hielos árticos hasta las tórridas regiones del Ecuador. En vez de seguir utilizando los dones de la naturaleza, tal como ella los produce con pródiga espontaneidad, los reguló para su uso, aprendiendo el cultivo de las plantas y la domesticación de los animales. Descubrió el fuego para cocinar sus alimentos y protegerse contra el

frío y adicionó el poder de su cuerpo con armas y herramientas desde los más remotos tiempos de la historia. En las puntas de sílex con que cazaba sus presas y en las hachas del mismo material con que labraba los troncos están contenidos todos los progresos mecánicos, porque fueron las primeras aplicaciones de la inteligencia y de las manos al dominio de la naturaleza.

Cada nueva era marcaba progresos en la utilización del mundo. El arte de cocer barro, el descubrimiento de la vela, el de la rueda, el de la fuerza motriz del agua, fueron conquistas que revolucionaron la vida de los hombres, tan profundamente como en nuestros días el vapor y la electricidad. Pero dentro de esos adelantos, el hombre conservó la medida, el sentido de las proporciones. Había cierta relación entre el adelanto obtenido y la capacidad humana.

Llegaron los tiempos modernos y sobre todo los contemporáneos y cambió el panorama. El salto en el adelanto técnico fue tan violento, que el hombre espiritual y sobre todo el moral se quedó detrás de sus inventos.

Por qué temblamos ante el átomo? Por qué, en vez de celebrar el advenimiento de sus prodigiosas posibilidades vivimos esta pesadilla que atormenta al mundo?

Simplemente, porque como lo dijo el sociólogo historiador Christopher Dawson, el hombre ha tenido inteligencia para descubrir esa fuerza, pero no sabiduría para controlarla.

Otra vez el orgullo. En vez de arrodillarnos para dar gracias a Dios por los tesoros que nos descubre y las potencias que nos entrega, creemos que somos nosotros, miserables criaturas, los autores de la potencia y el tesoro y la primera utilización que les damos no es la creadora de bienestar y de riqueza, sino la engendradora de muerte y destrucción. Hay algo monstruosamente cínico en la historia de la energía nuclear.

Sabios varones, dedicados con abnegación al cultivo de la ciencia, lucharon durante años, en medio del aislamiento y la incompreensión, por descubrir los secretos del átomo. Los gobiernos los miraron con indiferencia. Pero cuando se les dijo que aquello servía para matar en grande escala, para pulverizar ciudades y humillar al enemigo, entonces sí se le dedicó a la muerte suma fabulosa de dinero y cantidad increíble de esfuerzo. El trágico comienzo de esta edad atómica, quedó marcado de infamia por la destrucción de las ciudades japonesas, donde la guerra total, otro resultado fatídico de la negación de los límites, no respetó el sagrado de las inocentes cunas.

Si escogemos el átomo como ejemplo, es sólo por su protuberancia, porque en realidad son todas las grandes fuerzas las que se han salido del control humano. Las materiales y las sociales.

Porque el hombre abusó de los beneficios del Creador y los encaminó a fines torcidos.

Cuán distinto sería el aspecto del mundo contemporáneo si lo rigiera el pensamiento moral!

Los adelantos técnicos son buenos y hermosos.

Se equivocan quienes al contemplar las grandes fábricas de la industria moderna creen hallarse sólo ante las manifestaciones bruta-

les de una civilización materialista, y añoran los tiempos en que el hombre alumbraba con vacilantes bujías sus laboriosas vigili­as consa­gradas al estudio o a la creación artística. Las prensas gigantes que moldean láminas de acero como si fueran blandas hojas de cera; las fi­nas calibradoras que trabajan con precisión de diezmilésimos de pulga­da; los electroimanes que levantan y acarrean pesos enormes; las sepa­radoras que clasifican sin error; los brazos mecánicos; los telares auto­máticos que se detienen si se rompe un hilo; los instrumentos electróni­cos que miden, cuentan, clasifican, interrumpen, arrancan; los radios que realizan el prodigio de transmitir la palabra y aun la imagen con menosprecio de la distancia y las increíbles máquinas calculadoras que parecerían substitutos del cerebro humano si no fueran sus hijas pre­dictas, no son la explosión de la materia rebelde sino la manifestación triunfal de la inteligencia humana que ha puesto a su servicio las criat­uras y los poderes de la tierra. Quién se atreve a añorar el arado de los antiguos tiempos, frente al tractor que abrevia las tareas y ahorra el sudoroso esfuerzo? Quién desea retornar a la época en que para labrar cada una de las admirables columnas del Partenón se requería el largo trabajo de centenares de esclavos, cuando vemos que las cie­rras mecánicas y los discos de carborundium pueden realizar esa mis­ma labor, sin agotar al hombre? Se necesita el más retardatario de los espíritus para desconocer el valor del inmenso camino recorrido.

Cuán agradable e instructivo oír al físico cuando explica los descubrimientos nucleares y cómo se abren los horizontes del espíritu al meditar en las maravillas del microcosmos! La unidad de la creación y lo ordenado de su plan se revelan al comparar el giro de los astros en la inmensidad del firmamento, revolviéndose todos en su órbita al rededor de sus centros, con los inquietos electrones que giran vertigi­nosamente en torno al núcleo. Comprendemos el valor relativo del es­pacio al pensar que la distancia de la tierra al sol, si se tienen en cuen­ta las magnitudes de los dos cuerpos, no es proporcionalmente mayor que la que separa los componentes del átomo. Y cuando vemos que la diferencia entre los elementos que la química consideró antes como simples y específicos, consiste sólo en la agrupación de electrones y protones, y que los componentes son iguales, se nos abren perspecti­vas inmensas, empezamos a entender la unidad de la materia creada y hasta soltando los frenos de la fantasía y dejándola que vuela libre­mente, llegamos a imaginar que en el mundo físico existen sólo dos principios y dos fuerzas primigenios, los mismos que en escala supe­rior vemos manifestarse en la iniciación de los seres vivos, cuando de la unión de lo masculino y lo femenino salta la chispa sorprendente del nuevo ser.

Entonces?

Por qué el mundo llegado a tan envidiable altura de progresos materiales y científicos vive la pesadilla de estas horas?

Porque el hombre moral se quedó atrás del hombre intelectual.

Cada adelanto, cada descubrimiento se nos vuelve espada de Damocles suspendida sobre la civilización. Vemos pasar sobre nosotros el vuelo de los aviones, y casi sin quererlo pensamos en el bombar­dero. Se menciona el átomo y recordamos a Hiroshima. Nos hablan del

descubrimiento de un nuevo bacilo y sus posibilidades de salud, pero recordamos también que las grandes potencias tienen especialistas dedicados a estudiar la guerra bacteriológica. Cuando vemos a los gobiernos rodearse de cuerpos técnicos, de sabios asesores, de complicadas organizaciones, pensamos que todo esto puede volverse contra nosotros, contra nuestra dignidad, contra nuestra libertad, contra nuestros derechos en forma de tiranía científica y total.

No existirá salida que nos saque de esta encrucijada?

No podrá el mundo abandonar las avenidas del orgullo y emprender otra vez el camino de la humildad?

LA FORMULA CRISTIANA

Nuestra modesta contribución al estudio de los problemas que asedian a la humanidad, no pretende encontrar remedios nuevos, ni abrir caminos desconocidos. Pertenece el autor al grupo de gentes educadas, que sin ser especialistas ni alcanzar el brillante dominio de las humanidades, sí ha tenido, por bondad de la Providencia, oportunidad de meditar en el mundo que lo rodea y estudiarlo a la luz de una filosofía básica y de una religión en que cree con sinceridad de corazón.

El esfuerzo se reduce a presentar puntos de vista a los grupos que influyen en la conducción de los negocios públicos y en la formación del criterio social. Grandes fallas se encontrarán en nuestra obra, muchos aspectos discutibles, numerosas tesis que no acepten los letrados. Pero hay algo en ella substancial y esencial, que deben rechazar los materialistas y aceptar cuantos militen en el campo contrario: el concepto del mundo y de la vida basados en la creencia en el orden sobrenatural y sus consecuencias ineludibles sobre la teoría y la práctica del Estado.

El espíritu materialista que trasciende al mundo moderno —aun entre muchos que se creen espiritualistas— reclamará sin duda soluciones más concretas. Darlas es imposible para nosotros. El hombre se acostumbró a las soluciones científicas y pretende llevarlas al campo de los problemas morales. Es ahí donde reside la diferencia. Para lograr la síntesis de cualquier producto, el químico da fórmulas y procedimientos específicos, pero el alma humana es muy distinta de los sencillos elementos naturales y de las fuerzas termodinámicas. Algo hay en su esencia que resiste al número, a la medida, a la determinación matemática. Frente al lobo, Francisco de Asís reacciona con la plegaria y el amor; el cazador con la escopeta. Herido en Pamplona y truncada su brillante carrera militar, Ignacio de Loyola se entrega a la acción mística. Otro se habría suicidado. Pero dentro de la inmensa variedad de las reacciones individuales hay ciertas normas comunes a la humanidad en su manera de obrar y reaccionar. Ellas permiten establecer leyes en sociología, economía y política, que si no tienen valor universal sí lo poseen colectivo. El patriotismo, la virtud ciudadana, la piedad, lo mismo que la anarquía, la depravación y la sevicia se fundan en ellas. Cuando se trata de buscar remedios a los males de la sociedad, no queda otro camino posible que el de buscar en esas

tendencias generales las reacciones que propendan al bienestar común, y, por eso mismo, las fórmulas tienen que ser de carácter general.

Es así como se producen siempre las grandes mudanzas del mundo para el bien o para el mal. El Sermón de la Montaña no es una fórmula precisa, sino norma general de conducta, apoyada en amorosas promesas. Los mansos poseerán la tierra; los que lloran serán consolados; los hambrientos saciados; a los pacíficos se les llamará hijos de Dios; de los perseguidos será el reino de los cielos. Es la oferta de la bienaventuranza para quien domine sus pasiones, ame al prójimo, practique la virtud. No hay allí un código con artículos y párrafos. Hay solamente un profundo, incontenible espíritu de bondad, de renunciación, de antiegoísmo.

Son unas pocas frases, pronunciadas desde la colina ante el auditorio sorprendido de pescadores, labriegos y artesanos. Tal vez discurren por allí algunos fariseos que escuchan con intenciones péfidas y quizás también algún soldado romano se pasea entre el pueblo para que el extraño concurso no degenera en revuelta contra el Emperador, cosa bien posible en el pueblo fanático y díscolo de Israel.

El auditorio no comprende a fondo las palabras porque el Paráclito no ha abierto aún sus oídos, ni percibe la verdadera personalidad del galileo que las pronuncia, y que ha bajado de su divinidad para hablar a los hombres. Notan, sí, que algo superior emana de la apacible persona del profeta y que lo que dice no se parece a nada de lo que otros suelen decir. De sus palabras fluyen conjuntamente la tranquilidad y la esperanza, como si una brisa refrescante soplara sobre el mundo.

Comprenden que todo aquello está en abierta oposición con el mundo en que viven. Hablar de mansedumbre, cuando las águilas de Roma han enseñado a las gentes el poder de las garras y la eficacia de la violencia; exaltar a los perseguidos por la justicia, cuando el tribunal de los procuradores es un insulto permanente al pueblo de Moisés; alabar la pobreza cuando Roma saquea sistemáticamente al mundo y los judíos han desarrollado ya todas sus cualidades de traficantes y prestamistas, es salirse del medio, renegar de las realidades, entregarse a peligrosas ilusiones. Por qué no les hablará más bien el profeta de la espada de los Macabeos y los áureos artesonados del Rey Salomón? Por qué no les incitará a alzarse contra el Imperio y restaurar la gloria del reino de David?

Asistían, sin embargo, a la más profunda revolución que hayan contemplado y contemplarán los siglos. Aquellas palabras estaban destinadas a transformar la vida de los hombres, a cambiar las costumbres, a modelar legislaciones, a partir en dos el curso de los tiempos: antes y después del que las pronunciaba. De ellas estaban naciendo, una civilización para regir el curso de la vida temporal y una Iglesia para abrir los caminos de la vida futura. Nada resistiría al poder de esas fórmulas vagas. La sinagoga y los templos paganos, los Sumos Sacerdotes encerrados en la estrechez de sus criterios petrificados y los Emperadores enloquecidos de orgullo, recibían allí, desde la colina galilea, la notificación de que su reino había terminado.

No se trataba de fórmulas matemáticas ni de soluciones concretas. El Nazareno no resolvía los problemas de la economía política, de la distribución de la riqueza, de la organización del Estado, ni fijaba los límites de los reinos de la tierra. Para qué ocuparse de tales menesteres cuando iba más lejos, más adentro, más al espíritu mismo de los hombres? Para qué preocuparse por organizaciones que hoy son y mañana no parecen? El buscaba lo trascendental, lo permanente, lo definitivo: la organización de las almas. El cristiano podría vivir bajo el imperio, bajo la república, bajo el reino, en la tribu o en la ciudad, dentro de la pobreza absoluta de los estilitas o en medio de la opulencia de los palacios, pero sometido siempre a denominadores comunes de fe y de conducta que le fijaban su sitio en la creación, para el tiempo y para la eternidad. El Sermón de la Montaña nivelaría ante su Autor a Helena, madre del César, y a Francisco, desposado con la pobreza: los nivelaba en la santidad, en la doctrina, en la interpretación exacta del mundo y de la vida.

Las enseñanzas de Jesús hacían culminar la Vieja Ley, cumplían la promesa, realizaban por fin el Reino. No aquel imperio terrenal de la espada y el cetro con que soñaban los conquistadores israelitas, sino el del amor, de la esperanza y la justicia que pedían los oprimidos de la tierra. La Jesuralén orgullosa que quería regir a los pueblos era reemplazada por la patria común de los hijos de Dios, la Jerusalén celestial.

Para evitar equívocos, Jesús dijo solemnemente: mi reino no es de este mundo. Pero como no hablaba a los santos conducidos por la muerte al reino de la inmortalidad, sino a hombres peregrinos por el valle de lágrimas y sujetos a los deberes de la vida temporal, supo recordarles también sus deberes para con el Estado al ordenarles que dieran al Cesar lo que a éste pertenece.

De estas enseñanzas nace la simbiosis indestructible entre los reinos de la tierra y los caminos que conducen al celestial.

Diez y nueve siglos más tarde otro israelita, descendiente de aquellos que tendían trampas al Nazareno con las monedas del tributo y lo acusaban de expulsar demonios en nombre de Belcebú, rey de diablos, formuló la afirmación antitética: todo reino es de este mundo y solamente de este mundo.

Para Marx en el principio no existió el Verbo, ni el Verbo está sentado a la diestra de Dios Padre, ni hay Dios. En el principio era sólo la materia, y hoy es la materia, y la materia será siempre.

La simbiosis desaparece. El reino único absorbe la totalidad del hombre y lo encadena a la fatalidad de sus leyes, con la misma fuerza natural que rige la órbita de los electrones en el microcosmos o la dilatada de los astros en la amplitud del universo.

He aquí que las dos afirmaciones se enfrentan en el combate de esta hora. El reino de Dios, fundado en el espíritu, y el reino del mundo, basado en la materia. Son las dos banderas descritas por San Ignacio en sus Ejercicios Espirituales. Ya no hay terceras posiciones posibles, porque entre los dos campamentos queda sólo la tierra de nadie, el yelmo desolado de quienes no son capaces de pensar. Del reino de Dios nacen la concordia, la armonía, la paz, porque su ley su-

prema es la caridad; del de Marx brotan la guerra, la matanza, la tiranía, porque su esencia es el materialismo dialéctico, con la lucha de clases como fenómeno y la dictadura proletaria como término, hijas ambas de leyes inexorables de evolución material.

Para librarnos del desastre sólo queda un camino: afirmar y reimplantar los principios fundamentales que justifican nuestro concepto del mundo: proponer los Evangelios como normas de vida para los individuos y las naciones.

No es una fórmula original para los pensadores católicos, que serían pecadoramente osados si pretendieran encontrar alguna. Es fórmula divina, que recibimos con humilde acatamiento.

Los hombres prácticos quizás digan que olvidamos los problemas sociales y que embarcados en la alegre nave de fáciles idealismos abandonamos a su amarga suerte las masas desamparadas del pueblo. No es así.

Creemos en la reforma social y la pedimos, persuadidos de que cada generación está obligada a realizar tenaz esfuerzo para mejorar las condiciones del pueblo, pero establecemos clarísima distinción entre la organización que se les dé a la producción y la distribución de las riquezas y el fondo del problema que confronta nuestra edad, porque estamos persuadidos de que limitarnos a las soluciones puramente prácticas y económicas es aceptar, con petición de principio, los postulados marxistas. Sería reconocer que la forma jurídica del Estado, las costumbres morales de la sociedad, el espíritu de las leyes, la esencia de la civilización y la cultura, son solamente la superestructura que resulta de la estructura económica. Sería aceptar las bases del materialismo dialéctico.

Nuestro punto de vista es muy distinto. Sin negar la enorme influencia que el régimen económico ejerce en la organización del Estado y en el proceso general de su política, creemos que es más bien la concepción espiritual la que determina la estructura jurídica e influye en las formas de la producción y la distribución de las riquezas. Los hechos mismos tienden a demostrarle, pues, contra lo que afirmaba Marx, la revolución comunista no surgió como evolución final del capitalismo en los países más desarrollados, sino que fue impuesta a Rusia país entonces primitivo y atrasado, por un grupo de ideólogos audaces.

Las injusticias mismas que carcomen nuestra sociedad son de origen espiritual. No nacieron intrínsecamente de la máquina, ni de la grande industria, ni de los mercados internacionales, sino del olvido de los principios éticos predicados por el cristianismo como norma de la conducta humana. Fue la tesis darwinista de la lucha por la supervivencia de los más fuertes lo que infiltró en el capitalismo moderno su dureza de corazón y su afán ilimitado de dominio. Fue el espíritu de pagano egoísmo el que desvió los progresos técnicos de sus justas aplicaciones. Lo alterado fue la levadura espiritual del hombre, y mientras ella no se restaure y purifique, será ilusión imperdonable buscar los caminos de la salud en el simple dominio de la economía política.

Bajo cualquiera forma de organización económica puede implantarse un Estado espiritualista u otro materialista. El capitalismo

puro puede ser tan materialista como el comunismo ruso y precisamente sus abusos y errores, provienen de que, no obstante ser muchos de sus grandes gestores como Rockefeller cristianos y aun devotos, los métodos que aplicaron a la competencia económica fueron del más crudo materialismo. El dinero se convirtió en Dios y los postulados económicos del liberalismo manchesteriano funcionaron sin controles morales ni legales porque Estado y pueblos olvidaron la sencillez trascendental del decálogo.

Qué diferencia substancial puede encontrarse entre la dictadura industrial aplicada en esa forma y la dictadura proletaria? Dónde queda campo para las leyes de la caridad y las normas de la justicia? Qué diferencia existe entre los dos patronos, el Estado y el Trust, si ambos aplican los mismos procedimientos y limitan sus horizontes al estrecho de tejas para abajo?

Con tal que respete aquellos principios de propiedad privada, bien restringidos por cierto, que viene proclamando la Iglesia Católica, el comunismo puramente económico no es bueno ni malo. Puede tener ventajas o inconvenientes desde el punto de vista industrial, aumentar o disminuir el bienestar material de las gentes, como pueden aumentarlo o disminuirlo numerosas disposiciones tomadas por cualquier ministro de hacienda, como arbitrio fiscal y no como cuestión de doctrina. El comunismo que combatimos es lo que se llama con toda razón comunismo ateo, porque es en su materialismo donde reside su maldad.

Asegurados al hombre los bienes necesarios para su subsistencia, no puede afirmarse que la propiedad de las riquezas fundamentales por el Estado sea intrínsecamente mala. De hecho, el Estado ha poseído siempre el derecho inmanente de propiedad y toda su legislación civil en materia de bienes y contratos implica actos de señor y dueño. Formas más o menos estrictas de comunismo puramente económico encontramos en la vida de los primeros cristianos, en las misiones jesuíticas del Paraguay y en las actuales órdenes religiosas. Sólo que en los tres casos la fórmula de propiedad colectiva se estableció en desarrollo de un sistema eminentemente espiritual.

Queremos ser muy claros para evitar tergiversaciones a nuestro pensamiento. Juzgamos indispensables para el bienestar de la sociedad las grandes transformaciones económicas y el establecimiento de un verdadero patrón de vida dignamente humana para todos, pero afirmamos que ese solo objetivo, una vez logrado, no remedia los males que amenazan de muerte la civilización occidental. Cualquier sistema de organización que se imagine, puede dejar vivos los gérmenes que nos están envenenando. El corporativismo, tan alabado por muchos y grandes expositores modernos y aun recomendado por los Pontífices, no es en sí mismo la cura del mal sino un medio para obtener condiciones que la faciliten. Tampoco está libre de peligro y ya lo vimos funcionar en Italia, dentro del Estado totalitario, sin que uno y otro chocaran como incompatibles y, antes bien, sirviendo de sostén económico a las tesis de Mussolini.

Régimen de empresa libre, de socialismo de Estado, de comunismo económico, de corporativismo, de cooperativismo, de libre com-

petencia o de economía dirigida, son facetas de lo puramente crematístico y no del problema profundo de la civilización.

Si fuéramos a resolver el conflicto aplicando como solución la medida de los beneficios materiales obtenidos para las masas, es indiscutible que nos veríamos obligados a acoger el sistema de los Estados Unidos como la clave del arco en la cuestión social, porque a la luz de las estadísticas y de la evidencia misma, es allí donde el obrero ha obtenido el mayor bienestar alcanzado hasta ahora en el mundo. Una revolución básica se efectuó silenciosamente en esa república, desde los tiempos del pugilato de los barones salteadores hasta nuestros días. En ninguna otra parte tienen los trabajadores salarios tan altos, ni los sindicatos tan indiscutible poderío, ni se han nivelado tan fuertemente las diferencias sociales. A través de los salarios, los Estados Unidos implantaron de hecho la participación de los obreros en los beneficios de la empresa, en tanto que el sistema de los grandes impuestos contiene la acumulación de gigantescas fortunas. El Estado asume la corrección de las crisis económicas, provisto de medios de acción antes desconocidos, como la manipulación técnica del valor y la cuantía de la moneda, la creación o la restricción del pedido por medio de las obras y de las compras oficiales, la colocación o el retiro de deudas del Estado, el socorro a los desocupados, la construcción de viviendas, etc.

Más a pesar de todo lo anterior, los Estados Unidos se encuentran ante el peligro comunista, no sólo por la amenaza externa, sino porque en ese pueblo de la libertad y la abundancia el morbo de las ideas sigue su marcha y son precisamente las altas clases de la inteligencia, que no tienen problemas económicos angustiosos, las más expuestas al contagio. No es la estructura económica la que determina el izquierdismo de profesores de universidad, químicos ilustres y literatos de alto coturno, sino que es el pensamiento de éstos el que intenta cambiar el régimen existente en obediencia a puras lucubraciones mentales. Alger Hiss y sus satélites no salieron de los tugurios de Down Town, ni de las miserables apartaderas del Sur, ni de la prole de ébano de Harlem sino de las más ilustres universidades y los medios más cultivados de la gran República.

El comunismo no es un error económico. Si lo fuera no amenazaría al mundo. Su peligro está en su esencia filosófica que lo convierte no sólo en herejía sino en suma y compendio de la impiedad. Roma no lucha contra Moscú porque Rusia establezca las granjas colectivas o los monopolios de Estado, sino porque la interpretación materialista de la historia niega la Providencia, porque el materialismo dialéctico niega a Dios, porque las consecuencias de su doctrina destruyen las obligaciones y los derechos morales de la persona humana. En síntesis, porque Roma proclama la existencia de Dios y Moscú la rechaza.

Para combatir el comunismo se necesita más fe que economía política.

Por olvidarlo cometen las derechas errores substanciales.

Los cometen cuando al defender ante los patronos la reforma social les afirman que ella se implanta para combatir el comunismo.

No y mil veces no! La reforma social se debe implantar única y exclusivamente para cumplir con la justicia. No con el fin utilitaris-

ta de que el comunismo retroceda sino con el cristiano de que se cumpla la ley de Dios. Introducir en las obligaciones de equidad motivos de conveniencia es pasarse al enemigo. Es ponerles tarifa a las buenas obras y pagar por ellas. Los diez mandamientos no son una lista de precios. Mejor dicho tienen uno solo: cumpliéndolos se gana la bienaventuranza.

Los cometen también cuando en la refutación del comunismo se concretan a su aspecto económico. Para defender un sistema crematístico no tenemos derecho de invocar a Cristo ni de ampararnos con su autoridad. Nuestro Señor no pertenece a ninguna escuela económica. No es proteccionista, ni librecambista, ni ha hablado nunca sobre la conveniencia o la inconveniencia de que las caídas de agua sean de propiedad particular. Jehová se refirió a la propiedad cuando estableció los mandamientos que prohíben hurtar y codiciar los bienes ajenos, pero no dijo cómo se establecía el dominio, ni hasta dónde es lícito poseer, ni cuándo y cómo se prescribe.

La refutación del comunismo debe dirigirse contra el comunismo ateo y precisamente por ateo.

En ese campo sí nos explicamos por qué el morbo ataca las inteligencias superiores y no se extiende únicamente entre las clases a-brumadas por la miseria.

Algo había podrido en Dinamarca. Pero la podredumbre no se hallaba entre los humildes soldados que guardaban el castillo de Elsinor sino en la cámara del rey.

Eso mismo le pasa al mundo en que vivimos.

EL RETORNO A JESUCRISTO

La encrucijada tiene una sola salida posible: el retorno de la sociedad a Jesucristo.

De la sociedad, no sólo de las personas particulares, porque como la civilización y la cultura tienen origen colectivo, nada ganaremos con que unos pocos individuos retornen a Cristo o permanezcan unidos a su doctrina, si la sociedad como tal continúa por los senderos neopaganos que la conducen a la muerte.

Este libro no es un tratado de mística y al hablar del retorno a Jesucristo no nos referimos a una especie de contemplación extática de la sociedad, como si el mundo civil fuera coro de monjas carmelitas. Nos referimos a la necesidad indeclinable de que el espíritu cristiano anime otra vez las instituciones, y el Estado laico ceda el campo a otro que reconozca la existencia de lo espiritual y el valor real de lo supraterráneo.

Nuestra civilización está amenazada de destrucción porque siendo en su origen cristiana ha dejado de serlo en realidad.

Cometemos gravísimo error al imaginar que sólo la victoria militar de Rusia soviética puede destruir el sistema de vida que caracterizó a Occidente. Este sistema perecerá más fácilmente por destrucción interna, por degeneración, por transformación, sin que sea preciso que los mariscales rusos se instalen en las naciones vencidas de Europa

y América. Si Occidente no se redime a sí mismo, el ejército rojo probablemente no tendrá necesidad de combatir. El mundo se le entregará como una cortesana.

Se equivocan quienes imaginan que la destrucción de nuestra cultura occidental consiste sólo en alguna catástrofe consecuencial a la guerra que acabe con los adelantos técnicos que hoy poseemos y retrotraiga el mundo a la edad de las cavernas.

Es cierto que con los instrumentos destructores de que hoy disponen los ejércitos, las consecuencias del conflicto bélico pueden comprometer en gran parte el adelanto material del mundo, sobre todo al aniquilar los grandes centros de producción, las ciudades de mayor importancia, las universidades, laboratorios, institutos de investigación, sistemas de transportes, pero no es lógico imaginar que la guerra, por brutal que la supongamos, destruya los conocimientos adquiridos. Su utilización puede, es cierto, sufrir en grande escala y en muchas partes los procedimientos industriales para aprovechar los datos técnicos pueden disminuir hasta el punto de dificultar enormemente la producción. Pero aun suponiendo que nada de esto ocurra, aun prescindiendo del horror de las metrópolis pulverizadas por la desintegración atómica, nuestra civilización en cuanto significa un sistema de vida sí puede perecer. Es bueno recordar que el sistema de vida es lo esencial, hasta el punto de que todos los adelantos materiales tienen como objeto mejorarlo y facilitarlo.

En este orden de ideas, nuestra civilización puede morir sin necesidad de que escuchemos un disparo más.

Si la ideología comunista se apodera del gobierno de Occidente, nos encontraremos dentro de un Estado totalitario que al impedirnos la práctica de la libertad y de todas aquellas actividades que consideramos esenciales, habrá sellado con losa de plomo la tumba de la cultura cristiana.

A través de morosos milenios, el hombre luchó sin descanso para mejorar sus condiciones de vida y sobre todo para asegurar la libertad de su espíritu. Renunciar a todas esas nobles conquistas y caer bajo el estado totalitario comunista, es catástrofe de magnitud imponderable. Es secar las fuentes mismas de la vida social, someterse al régimen del terror, de las confesiones arrancadas por la tortura, el pensamiento impuesto en moldes de acero, y para el católico, hundirse en los dolores de la Iglesia del Silencio, aquella que no perece totalmente porque la salvaguardia la divina promesa, pero que retrocede a catacumbas de ocultamiento y ostracismo, más oscuras, laberínticas y dolorosas que las que acompañaron su infancia bajo la tiranía de los césares.

Para evitarlo sólo tenemos un medio: el retorno a Jesucristo. La fuerza sola material de nada sirve si los fundamentos espirituales del orden cristiano se derrumban.

El retorno debe empezar por el regreso personal, es decir que sería absurdo pensar en una sociedad cristiana, un Estado Cristiano, un gobierno cristiano si los hombres como personas continúan alejados de Cristo y entregados al laicismo.

La sociedad es un compuesto y a la larga no puede resultar distinta de sus componentes. Ciudadanos ateos producen el Estado ateo; los indiferentes el Estado indiferente; los paganizantes el Estado pagano.

Fue el hombre particular el que abandonó el amparo de la Iglesia. Empezó por limitar su campo de acción alegando los privilegios del poder civil. Renegó de la simbiosis admirable del Estado cristiano, aquel que buscando el logro de sus fines temporales no olvida la existencia de lo supraterráneo. Atacó luego el dogma, desquició la moral, debilitó la vida familiar y acabó por destruirla con el divorcio.

Guardando todavía en el fondo de su corazón restos del antiguo espíritu cristiano, acabó por aceptar la transacción deplorable de los tiempos modernos, al afirmar que el ciudadano puede ser religioso, pero que el estado no debe serlo. Es decir que de una ciudadanía, cristiana aún en la esencia de sus conceptos sobre la vida aunque no lo fuera en sus ideas, dedujo y estableció la sociedad laica, en que el Estado había de ser ajeno a todo pensamiento y a toda actividad religiosa. En las horas de la mañana el funcionario público podría tal vez, discretamente y sin ostentaciones reconocer a Dios en sus templos, pero como representante de la sociedad estaba en la obligación de obrar como si Dios no existiese. Como entre tanto que el hombre claudicaba en las funciones del Estado, seguía su personal proceso de relajamiento, llegó el instante en que si el Estado era ateo, el ciudadano lo fue también en la práctica.

Es ese ciudadano el que tiene que empezar el camino de la reconciliación con Jesucristo. Debe vivir cristianamente; hacer otra vez de la religión el motor supremo de la vida, la razón última de sus actividades, la base de sus credos sociales y políticos.

Cuando nos jugamos los valores trascendentales en la más dura batalla de la historia, de nada sirve el cristiano nominal cuyos contactos con la Iglesia se reducen al bautismo recibido sin su consentimiento y a los funerales a que asiste sólo su cadáver.

No debemos perder la esperanza. Dentro de las tribulaciones y las claudicaciones del mundo moderno, podemos ver en muchos sectores el renacimiento del Espíritu cristiano.

Vemos florecer una filosofía, una literatura, una poesía católicas, que ocupan puesto de primera categoría en el movimiento intelectual de los tiempos modernos. A los nacidos en el seno de la Iglesia se suma la falange ilustre de los convertidos, que precisamente por su origen heterodoxo se afanan por conquistar el tiempo perdido y se convierten en paladines indomables. Son el Cardenal Newman, Chesterton, Maritain y cien más.

Las juventudes católicas comprenden el espíritu de la lucha y multiplican sus actividades sociales. Ya no consagran su entusiasmo a adorar la trilogía engañosa de la Revolución Francesa, sino que piden al Estado moderno el ejercicio conjunto de la autoridad y del derecho, quieren un poder público activo, vital, motor del progreso, tutor de las libertades legítimas pero enemigo mortal de la anarquía y la disolución. Para estos muchachos salidos de los claustros universitarios en medio de la tragedia del mundo devorado por las guerras universales,

el concepto del deber supera en su austera grandeza al del derecho. Aman con más pasión la obligación del sacrificio que la facultad del albedrío, sin que por otra parte la desconozcan o renieguen.

Quieren el Estado cristiano, fundamentalmente cristiano, sin hipocresías de laicismo ni resabios masónicos.

Al quererlo se desposan con la lógica, como se desposaron ya los comunistas.

Porque una de las trágicas ridiculeces políticas de hogaño, consiste en que los llamados gobiernos democráticos no comprenden la lección comunista y pretenden seguir jugando un juego en que el adversario tiene reglas propias que les aplica en contra.

El comunismo sí es lógico. No admite diferenciación entre la ideología del partido y el régimen estatal. Allí, en la antiglesia comunista, el dogma abarca la totalidad de la existencia. El individuo es comunista, la familia es comunista, el Estado es comunista. Acostumbrados nosotros a la libertad de criterio que invade al Occidente nos extrañamos cuando vemos la rigidez con que Rusia impone la doctrina como una construcción monolítica, y no entendemos por qué el gobierno, el ejército, la literatura, la ciencia y el arte mismo han de ser comunistas. Pero dentro de la exageración rabiosa no podemos desconocer la lógica. Si se pretende crear un orden social nuevo, que sustituya los conceptos y las prácticas antiguas, es preciso fundarlo desde la doctrina profesada por el individuo, hasta su aplicación práctica impuesta por el Estado. Menguados estarían los comunistas si declarándose discípulos de Marx permitieran organizar su gobierno con el concepto del laicismo occidental, de que una cosa son las ideas personales y otra muy distinta la actividad del Estado.

Eso es lo que no entiende y debe entender el Occidente. El Estado no puede, no debe ser neutral. Llamado a conseguir el bien público, sus actividades han de fundarse en el concepto general de ese bien público, que es el que se deriva de las doctrinas personales. El Estado neutral es la pamplina sin sentido, el paso hacia el suicidio, el proceso de autodestrucción.

Si queremos salvar la civilización cristiana, el Estado debe ser cristiano. En esta hora de angustias la sociedad tiene que regresar a sus orígenes y rehacer íntegramente el edificio que destruyó con increíble locura. Pensar que la sola aplicación de la fuerza bruta puede salvarnos es absurdo. La fuerza sin estructura íntima de ideales sirve sólo para establecer la tiranía, destruir los valores morales y entronizar la materia.

Debemos retornar a Jesucristo, echándonos a sus plantas como Tomás para pronunciar con el corazón y con los labios la salvadora confesión: Señor mío y Dios mío.

Con ese retorno como base, sí pueden realizarse con éxito feliz las grandes reformas que el mundo necesita.

La reforma social, basada en la justicia, no se convertirá en puerta del comunismo, ni en campo abonado para que crezca sin cortapisas la zona de influencias de la autoridad pública. Ella se realizará sin amenazas de revolución y basada en los mismos principios de equidad que mueven a los legisladores a dictar estatutos serenos como

el código civil. De lo contrario, fundada apenas en el concepto de la conveniencia inmediata, arrojada como mendrugo a los canes hambrientos de la anarquía, servirá sólo para vigorizar sus furias.

El Estado comprenderá entonces que la asistencia pública es deber ineludible y no permitirá que los enfermos mueran tirados en la calle por falta de hospitales, ni que falte techo para los necesitados y pan para los hambrientos. Entenderá como obligación absoluta no la de reemplazar la caridad privada sino la de suplirla en cuanto no alcance a llenar el mínimo indispensable que exige la dignidad humana. Introducirá en la imposición y en la aplicación de los tributos un criterio humano, de prelación de necesidades, muy distinto del que aconsejan los simples e impasibles principios de la ciencia fiscal, porque el hombre no se hizo para el fisco sino el fisco para el hombre.

El afán de enriquecimiento tendrá límites y el propietario entenderá —o se le hará entender— la plenitud de sus funciones sociales.

La autoridad pública recobrará sus perdidas fronteras más allá de las cuales empieza la tiranía totalitaria. La democracia no será entonces la voluntad omnipotente de las mayorías sino la organización del Estado dentro de los preceptos de la ley natural. Los derechos de la persona humana valdrán entonces más que el capricho político y para evitar los abusos de la ley, el hombre podrá acogerse a sagrado, como en tiempos antiguos, sólo que este sagrado no será el recinto de las iglesias sino el principio universalmente reconocido de que toda autoridad tiene límites.

De lo contrario, qué garantía podremos dar al hombre?

Al hablar del retorno a Jesucristo no escribimos una mera frase de literatura mística, buena para exaltar el sentimiento católico en la sesión de clausura de algún congreso de juventudes. Decimos algo demasiado serio y grave por la realidad esencial que implica.

Retornar a Jesucristo no es devolver su imagen a las escuelas y hospitales, ni concederle modesto albergue al lado de los pomposos retratos de los políticos y próceres que rigen los Estados. No es siquiera permitir que se enseñe un poco de religión en los establecimientos oficiales, equiparando su enseñanza a las llamadas clases de adorno como las de música y pintura.

Es cambiar fundamentalmente la orientación y el concepto de las instituciones civiles. Es reintegrar a Jesús Nazareno, Dios Hombre, a la substancia misma de la sociedad pública.

Para lograrlo, Occidente debe renunciar a muchas de sus queridas conquistas liberales, porque no puede Jesucristo convivir con los demonios que expulsó de los poseídos, ni compartir su soberanía con los esclavos de Belzebú.

Es necesario cambiar la posición del Estado frente a los problemas morales. Renunciar a una de las conquistas fundamentales del libre pensamiento: la neutralidad del Estado, el laicismo.

Debemos echarla por la borda para que se junte en el piélago del olvido con su infatuado padre, el Siglo de las Luces. Hemos de reconocer, proclamar y practicar que el Estado no puede ni debe ser neutral.

En sus mejores tiempos la civilización Occidental fue coherente, dinámica y vital porque fue unitaria. Fue la estructura armoniosa que ordena todas sus partes al mantenimiento de un fin: la solidez y la hermosura de la fábrica. No podría concebirse dentro de ella una legislación civil religiosa y una organización social religiosa. El César adoraba a Dios y Dios sostenía la autoridad del César. La patria, que no es unidad geográfica, ni sometimiento a los mismos poderes, sino patrimonio común de aspiraciones e ideales, se apoyaba en el vínculo indestructible de principios religiosos creídos y practicados por todos. Cuando guerreros y estadistas luchaban por su Dios y por su patria no invocaban un mito, sino que obedecían a la profunda realidad que circundaba sus existencias. La vida pública y la privada convergían en el vértice maravilloso donde entran en contacto lo temporal y lo eterno.

Nunca tuvo la autoridad civil fundamento más sólido que en aquellos tiempos, cuando no la sustentaba la fuerza material, ni la rabulería de un contrato social que no existió nunca, ni la tesis caprichosa de la mitad más uno, sino la doctrina de Cristo, explícitamente desarrollada por San Pablo, que impone entre las obligaciones morales la obediencia al soberano. Dentro de esa doctrina, César está a la cabeza de la comunidad, como representante de Aquel que es origen y causa de esa comunidad; su título se apoya en el derecho natural y su posesión del dominio no es personal sino depósito que le ha sido confiado de lo alto, de suerte que su derecho de mandar se funde y penetra con la obligación de mandar bien.

Podemos entender así el crimen de lesa majestad, castigado entonces con energía inflexible, puesto que cometerlo no era solamente ofender al soberano sino destruir las bases mismas del orden social, arrancar los cimientos del edificio público.

El retorno leal y sincero a Jesucristo y a todo lo que El implica como fundamento de la vida social, es lo único que puede salvar al mundo y así lo comprenden los rectores mentales y políticos de la humanidad occidental.

Arnold Toynbee, el más profundo de los historiadores contemporáneos, no es católico. Apenas si es cristiano, con un cristianismo raro que admite en cierto modo la igualdad de todas las religiones, pero es espiritualista y, en la práctica, profundamente impregnado por el carácter que la moral cristiana imprime en el corazón de los hombres, por encima de la parte meramente intelectual de la fe. Ese historiador que abarca con mirada de águila el proceso de la evolución y la decadencia de las civilizaciones, ve en el resurgimiento de la Cristiandad la esperanza suprema del Occidente y del mundo. Es cierto que su formación protestante lo mueve a culpar al Papa Gregorio VII de la ruina del admirable edificio, pero la consecuencia misma que deduce de su afirmación nos lleva a la unidad final de convicciones cuando declara que incumbe principalmente a los romanos Pontífices la restauración de la arruinada fábrica. El ceñudo antipapismo anglicano empieza a mirar hacia Roma y bien puede llegar el día en que la orgullosa isla de las brumas y del imperio, vuelva a ser la Isla de los Santos.

Dentro de la angustia universal, estadistas heterodoxos y aun laicos se dan cabal cuenta de lo que el Papado significa, y escuchan

con recogimiento y esperanza las proclamaciones de Pío XII, porque ven en él la clave de la batalla y el faro de la orientación universal.

Es porque las ovejas descarriadas sienten ya la necesidad ineludible del pastor.

Pastor que no puede manejar un cayado quebradizo a los vientos de toda contradicción, sino otro de sólida robustez, sostenido por la verdad única y regido por la autoridad que viene de lo alto.

Resucitados el imperio político y la unidad espiritual, renacida la Cristiandad en su admirable sentido de solidaridad humana y de superfamilia de pueblos, podrá Occidente recobrar su perdida vocación de orientador del mundo.

Porque Occidente, el Occidente que empieza en Israel, fue escogido por Dios para la predicación de su mensaje. San Pablo, judío pero ciudadano romano y noblemente orgulloso de su ciudadanía, fue el máximo predicador occidental. Con él y en pos de él surgieron los innumerables misioneros que llevaron el Evangelio a Europa, al Asia, al Africa y América.

Pero Occidente renegó de su vocación. En vez de los apóstoles que conducidos por Santo Tomás o San Francisco Javier llevaban a las viejas civilizaciones orientales el soplo renovador de Cristo, se lanzaron sobre ellas los duros conquistadores como Clive y Hastings, para explotar las riquezas ajenas y establecer el disolvente concepto de los **bettters**. La mano que bautiza fue reemplazada por el puño de hierro, la cruz por la espada. Naturalmente, en vez del amor nació el odio.

Otros hombres, inspirados por la antife, se dedicaron entonces a la predicación de su propio mensaje materialista. Son ellos los que comunizan a China e Indochina, amenazan a Indonesia, socavan la India y respaldados conjuntamente por la doctrina de Marx y los cañones de Moscú nos arrastran al borde del abismo.

Contra ellos sólo vale el mensaje de Jesús Nazareno. Para lavar las culpas de Occidente, expiarlas, y pagar el precio del rescate, es preciso erigir la nueva doctrina de los verdaderos **bettters**. Aquellos que son mejores ante Dios porque respetando humildemente la igualdad de los hombres y los derechos de los pueblos consagran su inteligencia a enseñar a los que no saben, a vestir a los desnudos y dar de comer a los hambrientos. Aquellos que comprenden que la posesión de la verdad no es beneficio sin deberes sino ante todo obligación de transmitirla.

Occidente, vuelto otra vez a Jesucristo en espíritu y en verdad, será por los caminos de San Pablo el apóstol colectivo de las gentes, y en vez de asistir al derrumbe apocalíptico de una civilización que renegó de sí misma, verán nuestros hijos, o nuestros nietos, el renacimiento de un mundo que como los árboles al retorno de la primavera conserva la integridad de sus raíces seculares, pero lleno de frescos retoños emprende el ciclo perennemente renovado del crecimiento y de los frutos.

No será entonces el día de la tragedia de Occidente sino la aurora de la occidentalización cristiana del mundo todo, restaurado para bien de los pueblos y de las almas en la sangre de Cristo.

Ese día no habrá ya peligro en Occidente.